



EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuacion.)

El maestro sacó su cartera, y empezando á escribir en ella, se interrumpió diciendo:

— ¡Para qué nos hemos de cansar en escribir tantos nombres! Con escribir veinte basta y sobra para prueba.

— Como V. quiera.

Momentos despues, el maestro me leyó los nombres de Cristo, Júdas, Saturno, Santiago, Napoleon, Pío IX, Zoilo, Garibaldi, Verdi, María Santísima, Mahoma, el Bobo de Coria, Cervántes, Víctor-Hugo, el Rey que rabió, Perico el de los Palotes, el Cid, Maricastaña, el Moro Muza y la tia Marizápalos.

Y yo se los repetí inmediatamente al derecho, al revés y hasta salteados.

El asombro de todos llegó á la estupefaccion, é imitando la conducta

del maestro y el señor cura, todos los hombres se levantaron de sus asientos descubriéndose la cabeza como tributo de veneracion que creian deber á mi profunda sabiduría.

Ni áun les ocurrió preguntarme cuál era el arte de que me habia valido para retener aquellos nombres, porque creian que no habia en mí tal arte, sino una memoria prodigiosa de que Dios me habia dotado.

Girando la conversacion sobre asuntos diversos, dijo el señor cura:

— Debemos bendecir el momento en que á V. se le ocurrió subir á visitarnos, porque nunca habíamos visto por aquí hombre que tanto nos sorprendiese con su talento y sabiduría; pero V. debe estar pesaroso de tal visita.

— ¿Por qué, señor cura? Todo lo contrario, pues la bondad y los ob-

sequios de ustedes exceden en mucho á lo que yo merezco.

—Aun suponiendo que eso fuese cierto, se ha molestado V. inútilmente en subir á aquí, pues su principal objeto era recoger curiosidades históricas en los libros parroquiales, y no ha encontrado ninguna.

—¿Cómo que no las he encontrado?

—Ya se ve que no. Lo único que ha encontrado V. es, noticia de cuándo se construyeron la iglesia y el campanario, y esa noticia no necesitaba V. que se la dieran los libros parroquiales, pues se la dió su asombrosa sabiduría sin más que ver el edificio.

—Otras noticias he hallado en el libro de fábrica, si no de trascendencia para la historia general del país, al ménos curiosas para la de la localidad y las costumbres eclesiásticas del siglo XVI.

—¿Y qué noticias son esas, si todo lo que ha leído V. lo hemos oído nosotros y ni siquiera merecía el trabajo de leerse?

—Oiganlas ustedes: la iglesia antigua era tan pequeña, que sólo ocupaba la mitad del solar de la actual; las campanas de la antigua estaban suspendidas de un gran castaño; la iglesia antigua, cuando se derribó, tenía un colmenar de veinte colmenas, y la moderna, cuando se abrió al culto, le tenía de cuarenta; en el siglo XVI, la misa se decía el día de trabajo ántes de amanecer, para que pudieran oirla los trabajadores; en el siglo XVII salían disciplinantes en

la procesion del *Viérnes Santo*, y después de la procesion reemplazaban con vino la sangre que les habian sacado del cuerpo las disciplinas; en el siglo XVIII...

El maestro y el cura me interrumpieron respetuosamente para preguntarme, admirados, dónde habia encontrado tan curiosas noticias.

—Déjenme ustedes, les contesté, proseguir enumerando las que hoy he recogido.

Y seguí embelesando á todos los que me escuchaban con multitud de noticias como éstas, todas ellas recogidas aquella tarde en los libros parroquiales, cuya lectura habian oído creyendo que no valia dos cuartos todo lo curioso que aquellos libros contenian.

Cuando terminé aquella enumeracion, repitiéronme su pregunta, duplicadas su admiracion y su curiosidad.

—He recogido, les contesté, todas estas curiosidades esta tarde en los libros parroquiales.

—Pero si todo lo que ha leído usted en ellos lo hemos oído nosotros, y allí no habia nada de eso...

—Oigan ustedes un cuento árabe que recuerdo haber leído no sé dónde.

Un árabe iba en busca de un caballo, que suponía le habian robado, y encontrándose con un mendigo anciano que caminaba en direccion opuesta, le dijo:

—Me han robado un caballo que tenía en mucha estima, y voy en su busca, más deseoso aún de castigar al ladron, que de recobrar el caballo.

He ofrecido una buena recompensa al que me descubra el ladron, y tú la ganarás si me le descubres. ¿Sabes, pues, algo de mi caballo?

—¿Es (le preguntó á su vez el anciano) tuerto del ojo derecho, está desherrado de la mano izquierda, cojea de la pata derecha, le faltan dos dientes de la parte de arriba y lleva un costal viejo con cebada?

—Justamente, esas son sus señas, contestó el árabe lleno de alegría.

—Pues por aquí pasó antes de salir el sol con direccion á la ciudad.

—¿Y quién era el pícaro que le llevaba?

—Eso no te lo puedo decir.

El árabe siguió, siguió en busca de su caballo, y le encontró antes de llegar á la ciudad paciendo en un prado no lejano del camino.

A la alegría de recobrar su caballo con el saco de cebada que llevaba encima, sucedió el enojo de no saber quién era el bribon que suponía se le habia robado y habria huido abandonando el caballo así que notó que le perseguían.

Deseoso de descubrir al ladron y castigarle, citó ante el Cadí ó juez, al anciano que tan minuciosas y exactas señas le habia dado del caballo y del camino que éste llevaba, suponiendo que nadie como el anciano podia denunciar al ladron.

—Tú, dijo el Cadí al anciano, puedes decir quién es el que robó el caballo á este hombre, pues, segun las señas que diste del caballo, de la direccion y la carga que llevaba y de la hora á que se dirigia hácia la

ciudad, tuviste que verle, y por consiguiente, tambien al que le habia robado.

—Ni vi al caballo ni al que le habia robado, contestó el anciano.

—Pues sino, ¿cómo diste esas señas? replicó el Cadí.

—Las dí porque Dios me ha dado lo que no se paga con dinero, aunque no lo produzca: entendimiento para ver claro donde otros ven oscuro. Conocí en la huella que un caballo habia pasado en direccion de la ciudad; conocí que el caballo habia pasado antes de salir el sol, en que la huella estaba llena de agua, y hasta salir el sol no habia llovido; conocí que el caballo estaba desherrado de la mano izquierda, en la huella que así lo manifestaba; conocí que cojeaba de la pata derecha, porque la huella correspondiente á ella, apenas estaba marcada; conocí que era tuerto del ojo derecho, en que sólo habia pacido la hierba del lado izquierdo del camino; conocí que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, porque noté en la hierbecilla donde habia pacido, que al tirar el bocado se le escapaba la que correspondia al espacio de aquellos dos dientes; conocí que llevaba carga de cebada, porque en el campo habia dejado caer algunos granos, y muchos donde se habia parado á paecer; y conocí que el saco de la cebada era viejo, porque, si no lo hubiera sido, no se hubiera derramado la cebada.

En vista de esta explicacion, el Cadí mandó al árabe que diese al

anciano la recompensa que públicamente habia ofrecido al que descubriese quién le habia robado el caballo, y le aconsejó severamente que, si en lo sucesivo volvía á faltarle alguna bestia, no lo fuese él tanto que diese por supuesto que se la habian robado, cuando, como entónces, podia suceder que no hubiera tal robo, sino solamente extravío.

Este cuento embobó á mi audito-

rio á pesar de lo mal que, segun costumbre, le conté; pero ni el señor cura, ni el señor maestro, ni nadie, comprendió adónde iba yo á parar con él; lo que, léjos de impedir que continuasen creyéndome un pozo de sabiduría, discrecion y talento, fué motivo para que me pusiesen aureola sobre aureola.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

ESCENAS INFANTILES.



Vaya si se divierte la niña con el monito que le ha regalado su abuelo.

Este monito, en dándole cuerda, salta, brinca, chilla y hace mil diabluras; pero á los perritos de la niña no les hacen gracia maldita el monito y sus habilidades.

No censuro yo que la niña se entretenga con el juguete que le ha regalado su abuelo, pero no vaya á estar todo el dia haciendo rabiarse á los perrillos, y, así entretenida, retarde la terminacion de la bonita pechera que estaba bordando para hacer un obsequio al abuelito.

LA HISTORIA DE ESPAÑA (1).

(Continuacion.)

LOS ÁRABES ESPAÑOLES.

XXIII.

Miéntras los españoles que no quisieron sufrir el yugo sarraceno se reunian en las escabrosas montañas de Astúrias, de Leon y de las Provincias Vascongadas; miéntras que allí nombraban sus reyes y comenzaban á guerrear, reconquistando poco á poco y palmo á palmo el país perdido, veamos lo que habian hecho y lo que hacian los moros, que cual inmensa ola del mar se habian desparramado por toda España. Cuéntase que Tarce, al desembarcar para apoderarse de España, habia quemado las naves para que sus valerosos soldados no pensáran jamas en volverse al África, y así fué en efecto. Despues de la batalla de Guadalete, en que los mahometanos obtuvieron la victoria, pereciendo el último rey de los godos, no pensaron en otra cosa que en establecerse en el afortunado país que tan fácilmente acababan de conquistar. Vinieron nuevos y aún más aguerridos musulmanes; extendieron sus conquistas por toda España. Málaga, Córdoba, Jaen y Toledo vieron ondear bien pronto sobre sus muros el estandarte del profeta Mahoma. El pánico de los españoles era general; la

mayor parte corrian hácia Astúrias, y se asegura que los árabes no hallaban resistencia, porque de muchas poblaciones habian huido todos los habitantes. A cuantos permanecian dejábanles, sin embargo, todo género de propiedades, si bien reservándose siempre el quinto y las requisas de guerra. Permitieron tambien la libertad religiosa y el ejercicio de su culto á los cristianos, bajo las dos condiciones de no practicarlos más que en el interior de las iglesias, y de no estorbar el hacerse mahometanos á cuantos lo quisiesen. Las mejores poblaciones de Aragon y Cataluña eran ya tambien musulmanas, llegando, en fin, los venturosos árabes por la costa del Mediterráneo hasta las faldas de los Pirineos.

El poderoso ejército árabe que ocupó la España estaba gobernado por emires ó vireyes que dependian de la córte de Damasco, y tales habian sido los primeros conquistadores Muza y Abdelazis; pero por los años de 756 quedó la España musulmana independiente, fundándose el califato de Córdoba. Ayno, El Hhor, El Samah, Ambesah y otros generales fueron los árbitros de la España entera; pero si bien adelantaron aún sus conquistas por el mediodía de Francia, sufrieron tambien derrotas de terribles consecuencias.

No tardaron en aparecer en la pe-

(1) Véanse los tomos anteriores.

nínsula guerras civiles funestísimas entre los mismos árabes españoles; subían y bajaban del trono califas; sublevábanse los descontentos, y se hacían ya célebres, por lo fatales en resultados, aquellas conmociones políticas, que aún duran en el siglo actual, por más que no existan moros de véras entre nosotros. « Jamas batallaron en país alguno, dice un historiador, elementos más opuestos. » Dividida España entre yemenitas, kahtanios, siriacos, egipcios y bereberes de todas raleas, era el teatro de tanta contienda que, enconándose por puntos, había ya recrecido hasta lo sumo, careciendo ya el país de régimen central y soberano, y en manos de ambiciosos, sedientos de riquezas, é incapaces de abrigar las máximas cuerdas y la política punzonosa de los primeros musulmanes.

Desde entónces no sólo tuvieron los árabes que guerrear consigo mismos, sino rechazar los ataques de sus enemigos, pues, como hemos visto anteriormente, los españoles ya volvían á fundar reinos y trataban de recobrar todo lo perdido. Uno de los califas de Córdoba que más se opuso á estas ventajas de los cristianos fué Hescham, que había sido proclamado Emir el 1.º de Octubre del año 788, y á quien llamaban *el Adhel* (el justo) y *el Rahdy* (el afable); pero si bien pregonó una guerra contra los españoles, y envió tres poderosos ejércitos contra ellos, sin embargo era justiciero y caritativo. Falleció Hescham el 25 de Abril de 796.

Cuentan que al morir dió á su hijo los consejos siguientes, que aunque dictados por un moro son muy dignos de que los tengan presentes los cristianos. « Deposita en tu corazón, y no olvides nunca estos consejos que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, demos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los encomendados á nuestra protección; haz justicia igual á pobres y á ricos; no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdición: al mismo tiempo serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados; castiga sin compasión á los ministros que opriman tus pueblos á sin razón con voluntarias exacciones; gobierna con dulzura y firmeza tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos; sean los defensores del Estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del Estado; en el miedo, en el peligro y en el ódio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el

necesario sustento; no permitas que les talen sus siembras y plantíos; en suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen seguros y tranquilos

los placeres de la vida. En esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues serás feliz y lograrás la fama del más glorioso príncipe del mundo.»

JANER.

LA ETERNIDAD.

(FÁBULA.)

Un sauce del cementerio,
Que con sus ramas sombrías,
Un sepulcro cobijaba,
Como lágrimas caidas
Sobre la losa que cubre
El cuerpo de Margarita,
Azotó con una rama
Las moradas siemprevivas
Que en prenda de amor eterno
Su madre en la cruz ponía.
Al golpe, de la corona
Cayó una flor desprendida,
Y con sentimiento amargo
Dice al sauce que la mira:
—«Un mismo amor á este sitio
Nos trajo: ¿por qué me quitas?
Guardo el alma de la madre,
Y tú el cuerpo de la hija.
—Yo vivo siempre llorando,
Y verte aquí me lastima,
Porque recuerdas brillante
Que hay algo que se eterniza.
—Léjos del mundo vivimos
Sin las pasiones mezquinas;
Somos en esta morada,
Guardando una tumba fria,
Tú, el símbolo de la muerte,
Yo, el símbolo de la vida.
—Aquí se encuentra la nada;
Todo destruccion respira,

Si es verdad que eres eterna,
Un sarcasmo simbolizas.»
Llegó en esto al cementerio
La madre de Margarita,
Y á la cruz un beso dando
Se colocó de rodillas;
El sauce inclinó la frente
Con veneracion bendita,
Y el rocío de sus hojas
Cayó sobre las mejillas
De la madre que rezaba
Por el alma de su hija.
Se estremece al ver en tierra
Postrada á la siempreviva,
Que con dolor dice al sauce
Que sus quejas repetía:
—«Eres injusto; no olvides
Que todo pasa en la vida;
Todo se destruye, todo,
Y esta flor nunca marchita
Á la eternidad recuerda.
¡Ay del mortal que la olvida!»
*No dés respeto á la muerte
Por el temor que te inspira;
Cuando Dios abre sus brazos,
El justo se regocija,
Que va á gozar en el cielo
La eternidad á que aspira.*

TEODORO GUERRERO.

LA VIDA DE LOS SANTOS.



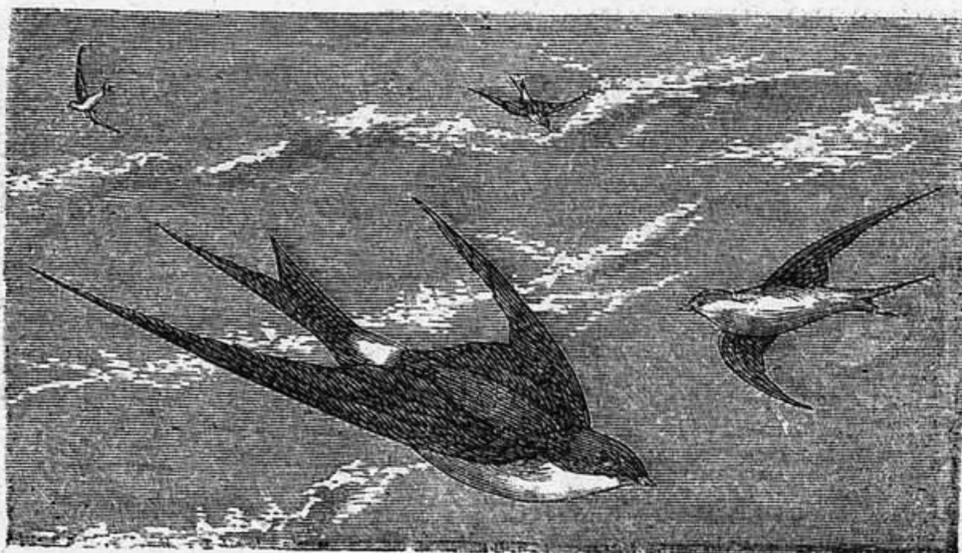
San Francisco de Paula.

En Paula, poblacion de la Calabria, nació Francisco por los años de 1416, de padres regularmente acomodados, gracias á los productos de su industria, y que, deseosos de tener un hijo, se lo pidieron á Dios por intercesion de San Francisco de Asís, prometiendo, si sus votos eran escuchados, consagrarle á su servicio. Habiendo escuchado el cielo los deseos de los padres, el niño que nació recibió el nombre de Francisco, y así que cumplió la edad de trece años, entró en la Orden de Franciscanos.

Un año despues verificó algunas peregrinaciones, retirándose en seguida á una ermita, donde su reputacion de santidad le atrajo bien pronto discípulos. Tal fué el origen de la órden de los Mínimos, que fundó nuestro santo sobre la doble base de la humildad y la caridad, sus virtudes favoritas.

Al poco tiempo sólo se hablaba en Italia de las virtudes y prodigios del siervo de Dios, que parecia tener un imperio absoluto sobre la naturaleza y penetrar los secretos más ocultos del porvenir. La fama de sus maravillas cruzó los Alpes, y el rey de Francia, Luis XI, que se veia desahuciado por los médicos, le llamó por intercesion del papa Sixto IV, esperando recobrar su salud con las oraciones del santo; pero éste creyó servir mejor al monarca disponiéndole para una cristiana muerte. Carlos VIII, su sucesor, y Luis XII despues, muy contentos con la posesion de aquel precioso tesoro, no permitieron que volviese á Italia; colmaron de beneficios á su órden, y le manifestaron de mil modos su profunda veneracion.

Murió en 1568 en el convento de Plessis-les-Tours.



LAS GOLONDRINAS.

I.

¿No las oís?

Cantan dulcemente; sus trinos son de amores, su cántico de gozo.

No interrumpen, no, sus gorjeos: el viento se lleva sus melodías, que se pierden en el espacio.

¿Por qué cantan?

Porque están cerca del objeto de su comun amor, porque éste encierra para ellas toda su esperanza.

¡Ellas! ¿quiénes son?

¡Ah! me habia olvidado de que no las veis.

Son dos golondrinas que todas las tardes y todas las mañanas cantan largamente en mi ventana; y acuden á ésta sin falta alguna; que ellas, las confiadas, saben que les espero yo con ricas migas de pan.

Seguramente no se pasa dia alguno sin que vengan á recoger mi pobre regalito. Y cuando le tienen, y en su piquito llevan el pedazo de

pan, vuelan contentas, arrullando; vuelan, os digo, en direccion siempre idéntica.

¿Á dónde van?

Debeis suponerlo: vuelan veloces, porque tienen familia, hijitos queridos, que ansiosos esperan su comidita.

¡Si las viérais!

Junto á mi ventana está su nido: en él asoman sus cabecitas cinco ó seis pajarillos siempre que sus padres pasan revoloteando sobre ellos.

Y pían dulcemente, como si quisieran pedir el sustento que necesitan: ellos, los pequeñuelos, no comprenden que el amor de sus padres vela por ellos; que ese amor no les faltará jamas.

¡Cuán preciosos, cuán lindos son los pajarillos!

Siempre están contentos, siempre gozosos; parece que el sufrimiento, que es el patrimonio del hombre, no existe para ellos.

¡ Son tan libres !

Mas no ; que son los padres esclavos de su amor : ellos no comprenden que pueda haber padres que á sus hijos abandonen : ellos no olvidarán á sus pequeñuelos seguramente.

Ya las últimas migas han sido trasportadas al nido : las dos golondrinas vuelven á mi alrededor, cantan, se agitan.

No hay nada, mis avecillas, á la tarde habrá más.

Los rayos del sol naciente hieren con fuerza mi rostro ; mis ojos no pueden resistirlos ; me voy al fin.

Adios, mis pajarillos ; hasta la tarde.

II.

Ha pasado ya el dia ; el sol declina.

El aire entra por la ventana, cargado de aromas ; mas los pajaritos no llegan.

¿ Faltarán esta tarde ?

Ningun dia ha sucedido así : son eficaces porque saben que sus hijitos necesitan comer las migas de pan que yo les guardo.

Mas ya tardan ; la tarde se adelanta ; aún no han venido.

Voy á asomarme ; tal vez las vea.

Allí en el jardin distingo una golondrina que pía tristemente.

¿ Será la mia ?

Voy á bajar ; mis constantes amiguitas no han venido ; ¿ qué les habrá acontecido ?

Bajo, sí ; tal vez la que diviso sea la dueña del nido de mi ventana.

Si así fuera, alguna desgracia ha

caido sobre ellas ; no han venido á recoger las migas, y esto tendrá su causa.

¿ Habrán muerto ?

No ; mi corazon me dice que la que tristes trinos da al viento en el jardin es una de mis golondrinas.

Bajo corriendo : tal vez sea útil para los pequeñuelos mi visita.

III.

¡ Ah, niños queridos, una desgracia terrible ha sucedido !

¿ Desgracia horrible !

Sí, sí, sin duda alguna : el padre de los pajarillos, el guardador del nido, está muerto en mi jardin.

Sobre la verde hierbecilla se encuentra su cadáver rígido y frio ; su cariñosa compañera está allí, á su lado.

Ella es la que tristemente piaba, la que con sus cánticos de muerte expresaba en su lengua su desgracia.

Su pobre, su desgraciado compañero ha muerto ; ya no llevará, cariñoso, sus migas al nido ; ya no cuidará, solícito, de sus pequeños hijuelos ; ya no podrá, amante, ayudar á su triste compañera, que queda sola, sola para sus hijos, sola sin su amor.

Mi corazon no contempla tranquilo tan triste cuadro ; la madre desolada, los hijos sin sustento.

La desamparada avecilla no huye de mí ; parece que me pide la devuelva á su esposo.

Ha muerto ; yo no puedo devolvérselo.

Mas quedan sus hijos, su nido, que encierra el fruto de su amor: la madre debe vivir para ellos, ya que es el único amparo que les queda.

¿Comprenderá la pobre golondrina mi pensamiento?

Ha volado súbitamente y se ha colocado en mi ventana: en ella canta con fuerza: me dice algo.

¡ Ah! sí, ya te comprendo, desgraciada avecilla; me pides el sustento de tus hijos, las migas de pan que siempre te diera.

No te faltarán, no: voy á darte el alimento de tus hijuelos, para que ellos no mueran como su padre.

IV.

Toma, toma, mi pobre pajarillo; lleva á tus hijos las migas de pan.

¡ Cuán veloz vuelas!

Ya comprendo, sí: estás sola para ellos y es preciso que despliegues tus esfuerzos. No te faltarán en abundancia mis pobres regalitos; yo te daré abundante comida.

De este modo tú no tendrás que buscar aquí y allí lo que siempre tendrás en mi ventana.

Los pequeñuelos no dejan de piar; ellos no saben que ha muerto su protección y su amparo; ellos no saben que sólo les resta su madre.

Mas ésta les bastará: ella vivirá para sus hijitos; ella no morirá como su pobre compañero.

Su confianza aumenta: hoy la he puesto en mi ventana agua cristalina que pueda apagar su sed ardien-

te, dorado alpiste que baste á mitigar su hambre.

El pajarillo ha comprendido perfectamente mi deseo: ya bebe de mi agua, come de mi alpiste, da á sus hijuelos mis migas de pan; de ese modo no tendrá que apartarse de su nido amado; de ese modo los pequeñitos tendrán siempre su amparo, su resguardo.

¡ Pobre avecilla!

Yo soy tu protector; yo haré que tus pequeños lleguen al dia en que puedan, tendiendo sus alas, dar el primer vuelo.

No desconfies de mí: yo te protegeré, yo salvaré tus hijos.....

V.

Han pasado muchos dias: los pajarillos saltan alegremente; ya se colocan en los bordes del nido, ya hay alguno que, atrevido, osa saltar á mi ventana.

Tambien ellos me conocen: les doy migas mojadas en agua, y abren sus picos y me pían si no repito muchas veces la operacion. Cuando me asomo y ven mi rostro, abren sus boquitas y me piden de comer: ellos saben ya que nada tienen que temer de mí.

Hoy han revoloteado los pequeñuelos más que otros dias; la madre los educa, les da las primeras lecciones de vuelo; pronto comprenderá que pueden dar al viento sus débiles alas: entónces saldrán todos y me abandonarán tal vez.

¿Será así?

No quiero creerlo: he gozado tanto con su compañía, que no quisiera perderlos nunca.

Mas ¿no ois?

Hacen gran ruido; la madre canta alegremente, los pequeñuelos pían sin cesar.

¿Qué será?

Han volado, mas su primer vuelo ha sido para mí: todos juntos, la madre y los seis pajarillos están en el borde de mi ventana.

Tomad las migas y volad: vosotras sois dichosas; no hay nadie que pueda disputaros el espacio, que os pertenece.

¡Dichosas mil veces, tan libres, tan contentas!

—Ya han volado juntas las pequeñas golondrinas; tal vez no volverán.

VI.

Han vuelto: todos los dias han venido á recoger las codiciadas migas; no me han olvidado; yo tampoco las olvidaré jamas.

Mas el verano ha pasado, las primeras brisas del otoño empiezan á soplar. Mis golondrinas han estado casi todo el dia en mi ventana, su canto ha sido más constante, su impaciencia más notoria.

¿Se marcharán?

Ya se elevan, mas vuelven; ya se elevan de nuevo, ya se pierden sus trinos en alas del viento.

Adios, mis golondrinas; feliz viaje.

No han vuelto, no; sus trinos eran su despedida, ya no las veré más.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, Abril, 1874.



LA VIDA DE LOS SANTOS.



San Márcos.

San Márcos es calificado por San Ireneo de *discípulo é intérprete de San Pedro*: Orígenes y San Jerónimo opinan que él es á quien llama su hijo el jefe de los apóstoles.

Compuso su Evangelio á solicitud de los fieles de Roma, que deseaban conservar por escrito lo que San Pedro les habia enseñado de viva voz, ocurriendo esto, segun parece, en el año 49 de Jesucristo.

San Márcos marchó en seguida á Egipto y se fijó en Alejandría, de que San Pedro le habia nombrado Obispo, y que, despues de Roma, era la ciudad más célebre del universo. Allí formó en pocos años una iglesia tan numerosa y ferviente, que aquellos nuevos fieles, á ejemplo de los de Jerusalem, no tenian más que un alma y un corazon. Los paganos,

alarmados, decidieron dar la muerte al santo evangelista; pero éste encontró medios de sustraerse algun tiempo á su furor. Por último, fué descubierto, y los más vengativos se apoderaron de él, le ataron con cordeles y le arrastraron por las calles, gritando que era necesario llevarle á Bucles, lugar inmediato al mar, y lleno de rocas y precipicios.

El Santo fué arrastrado efectivamente durante todo el dia, tiñendo con su sangre y dejando sus carnes en la tierra y las piedras; y mientras era objeto de tan crueles tormentos, daba gracias á Dios por haberle juzgado digno de sufrir por su causa. Por la noche le encerraron en una prision, donde le consolaron visiones celestes, y al dia siguiente, en que los paganos renovaron el suplicio de

la víspera, espiró el Santo. Era el 25 de Abril de 68.

La costumbre de cantarse en dicho día la gran letanía, procede del tiem-

po de San Gregorio el Magno, y tiene por objeto ablandar la justicia de Dios, irritada por nuestros pecados.

LA MEJOR AMIGA.

(Continuacion.)

Luis, el buen hijo, el niño sensible y generoso, lo conoció así con el instinto del corazón, y escribía á su madre largas cartas, rogándola que no se dejase abatir por la tristeza, y que esperase mejores días.

« Mi principal me quiere mucho, le decia; me hace comer á la mesa con él, y como es soltero y sin hijos, algunas veces me lleva con él á paseo en su carruaje, y por las noches al teatro; pero yo, mi querida mamá, pienso sin cesar en tí, y nada divierte mi tristeza; á tu lado sería dichoso en la situacion más infeliz; pero ya veo que es preciso trabajar para que algun día podamos reunirnos para siempre.

» Te envío dos duros: uno me lo ha dado mi tío el domingo pasado, que estuve á verlo, y me dijo que era para que me comprara una corbata; el otro me lo ha dado mi principal, por si se me ofrece algo; en nadie mejor que en tí los puedo emplear, mamá mia, pues yo no tengo necesidades, y áun guardo en el baul dos corbatas negras de las que tú me arreglaste.

» Ayer por la mañana fuí á llevar un hermoso córte de vestido de raso á la Condesa del Prado, que lo habia comprado en casa; ya sabes que las damas no suelen ir cargadas con sus compras, y que de los comercios se las envian; la condesa es una hermosa señora, jóven y viuda ya; me hizo entrar en el salon, me recibió muy bien, y me dijo si era hijo de comerciantes.

»—No, señora, le contesté; mi papá era médico.

»—¿Y por qué te han dedicado á tí al comercio?

»—Muerto papá, mi pobre mamá no pudo seguir costeando mis estudios.

»—¿Y no teniais ningun pariente que te favoreciese, pobre niño?

»—Sí, señora; mi tío me llamó aquí, y me colocó en la casa donde estoy.

»—¿Y tu madre?

»—Es muy desgraciada, señora: tenía otra hija, y acaba de perderla; ha quedado sola, y está en casa de una hermana política suya, con mi abuelo, padre de mi papá y de la tía con quien vive mamá.

»—¿Y no tiene fortuna, ni renta, ni nada?

»—Nada, señora; si quiere V. conocerla, puedo enseñarle su retrato.

»—¿Lo tienes ahí?

»—Lo llevo siempre conmigo.

»Saqué tu retrato, madre mia, y lo enseñé á la condesa; ésta lo miró con atencion, y dijo:

»—Tiene una fisonomía muy bella y muy inteligente, y un aire muy distinguido. ¡Pobre madre! Y dime, querido, ¿quisieras tú continuar tus estudios?

»—¡Oh, señora! ese sería mi más grande placer; ser médico como papá; heredar su fama, su gloria.

»—¿Cómo se llamaba?

»—Don Andres La Roca.

»—¿Qué escucho? ¿Eres hijo del Dr. La Roca?

»—Sí, señora.

»—¡Del que salvó la vida de mi madre!

»La condesa quedó pensativa; des-

pues de un instante de silencio se dirigió á su *secretaire*, le abrió, y me dijo dándome un paquetito:

»—Este es el precio del raso que me has traído.

»Y tomando otro, añadió:

»—Esto es para tí.

»Yo tomé el primero, pero no el segundo.

»—Perdon, señora, dije; dispénseme V. si no admito su regalo.

»—¿Por qué?

»—Usted no es mi parienta ni me conoce..... Yo tengo todas mis necesidades cubiertas..... Eso sería como recibir una limosna..... Muchas gracias.....

»—Eres una noble y altiva criatura, dijo la condesa, y no insisto: ahora, adios, hijo mio; ya sabrás de mí.

»Yo salí muy contento de haber agradado á esta dama; siempre es bueno inspirar simpatías.

(Se continuará.)

UN NUEVO TEMPLO EN MONTEVIDEO.

El día 1.º de Marzo del corriente año fué colocada solemnemente en Montevideo la primera piedra de la iglesia parroquial del Reducto, ante una concurrencia numerosa.

A las dos de la tarde llegó al lugar destinado al efecto el Presidente de la República, acompañado de algunos de sus ministros, siendo todos introducidos en el emplazamiento del nuevo templo por dos individuos de la Comision directiva de las obras. La banda militar tocó el himno nacional, y terminado éste procedió el Secretario de la Comision

directiva á dar lectura de una Memoria en la cual se resumian todas las gestiones practicadas desde que la Capilla del Reducto se erigió en parroquia hasta ahora.

Leyóse en seguida el acta labrada en pergamino, relativa á la colocacion de la piedra fundamental del nuevo templo, que firmaron los padrinos, el señor Presidente de la República y la señora doña Clara Errazquin de Jakson, los Ministros del Estado presentes, el señor Provisor, los miembros de la Comision de señoras de la Sociedad de Beneficen-

cia y otras personas, colocándola en seguida en la caja destinada á la piedra fundamental, con los demas objetos que contiene.

Siguió la ceremonia religiosa, oficiando el Sr. Provisor, acompañado de los señores curas de la iglesia Matriz, de San Francisco, del Reducto y demas clero, procediéndose en seguida á la colocacion de la piedra fundamental del nuevo templo, en cuya concavidad se depositó la caja respectiva, cubriéndola con la primera argamasa el Provisor D. Francisco Castelló, el Presidente de la República Dr. D. José E. Ellauri, padrino de la bendicion y la señora doña Clara Errazquin de Jakson, madrina.

La piedra angular fué puesta al pié del arco que debe formar el presbiterio y como á dos varas de profundidad en el cimiento. La caja que guarda los objetos conmemorativos, del tamaño próximamente 10 ó 12 de 828 centímetros de superficie, llevaba en la tapa esta inscripcion—*Comision directiva del nuevo Templo del Reducto—Montevideo, Marzo 1.º de 1874,*—cubriéndola otra piedra de las mismas dimensiones de la que contenia en su centro la referida caja.

Efectuada la colocacion, el Sr. Presidente de la República pronunció un discurso análogo al acto, siguiéndole en el uso de la palabra el señor cura del Reducto D. Antonio Dellia, y, por último, D. Atanasio Aguirre, presidente de la comision directiva del nuevo templo.

Terminado el acto, la banda militar hizo oír nuevamente sus armonías, dirigiéndose la concurrencia á un salon inmediato, donde se sirvió un abundante refresco, que honró con su presencia el primer Magistrado de la nacion y sus Ministros, embellecido con la presencia de las niñas de las escuelas públicas, algunas de las cuales pronunciaron discursos alusivos al acto, y entre ellas nuestra constante suscritora María Sansevé, que pronunció el que á continuacion reproducimos:

«Excmo. Sr.: Si la débil voz de una niña cristiana puede mezclarse en el concierto solemne de la elocuencia de la piedad, y del civismo de sus mayores, que enaltece y dignifica esta ceremonia, permitid que abusando de vuestra indulgencia, salgan de mis labios algunas palabras en loor del suceso que aquí nos congrega.

»La colocacion de la piedra fundamental del nuevo templo del Reducto es un hecho feliz y una esperanza halagadora, que responde al sentimiento religioso de su vecindario, y al espíritu progresista de la época.

»El nombre de la finada doña Rita Olegaria Perez, piadosa donataria de un terreno, cuyo producto es para esta nueva iglesia, así como de la Sociedad inmobiliaria que ha donado el terreno para el templo y una subvencion de 12.000 pesos fuertes para la obra, serán recordados con aprecio por las generaciones venideras, que han de venir con fe cristiana á elevar sus preces al Altísimo, bajo las bóvedas del templo, cuya piedra angular se acaba de colocar.

»Los nombres de los respetables señores que componen la comision directiva de la obra del nuevo templo, no son menos dignos de estimacion, estándoles reservada la gloria de dar cima el pensamiento piadoso de la donataria, y para cuya consecucion, no debe faltarle el concurso eficaz y generoso del vecindario de esta localidad como primer interesado en ella.

»La ereccion de un nuevo templo en este paraje célebre en la historia patria, donde un dia el humo del cañon oscureció la campiña y donde la sangre de nuestros semejantes regó su suelo, en medio de los combates, viene señores, providencialmente á santificarlo y purificarlo de toda mancha. Mañana, cuando el signo de la redencion —la Cruz— se eleve en la cúspide de sus torres, y el humo del incienso suba en sus altares, la oracion del cristiano pedirá á Dios por el descanso eterno de los que aquí cayeron lidiando por su bandera, y se alzará un himno de gracias á Dios por haber convertido, al girar de los tiempos, estos lugares, desiertos ántes, en una poblacion llena de vida, y los reductos de la tradicion, en templo santo del señor de las Misericordias.

»¡Bendita sea la Providencia Divina que nos permite asistir á esta benéfica transformacion, simbolizando el amor á la religion, á la patria, y al progreso de su pueblo!

»He concluido.»

El acto solemne de la inauguracion terminó con un himno cantado por las niñas.

Nuestra suscritora María Sansevé quiso asociar á tan solemne y religiosa ceremonia nuestra humilde publicacion, entregando para que fuera colocado en la caja destinada á la piedra fundamental el *Almanaque de los Niños de 1872*. Así consta efectivamente que se verificó, segun el acta inaugural.

Nosotros creeríamos faltar á los deberes que la gratitud impone, si dejáramos de consignar este honor concedido en Montevideo á nuestra modesta publicacion, y manifestar muy principalmente nuestro agradecimiento á la niña María Sansevé.

C. F.